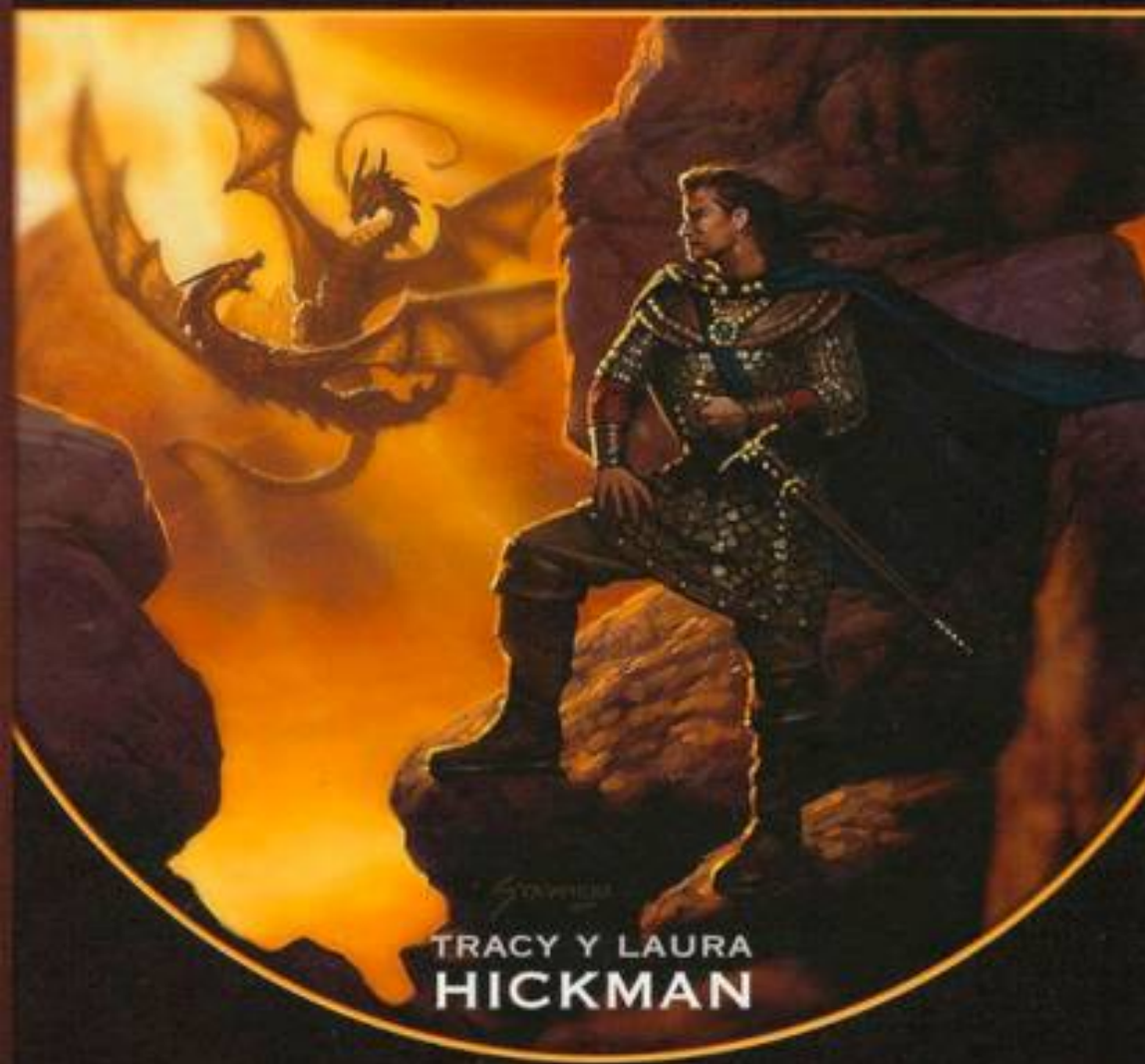


LOS CÁNTICOS DE BRONCE · VOLUMEN I

EL GUERRERO MÍSTICO



STAVRELL
TRACY Y LAURA
HICKMAN

Tres mundos distintos, vinculados por los sueños...

En uno, las hadas padecen una guerra devastadora contra huestes de centauros y sátiros. En otro, goblins diminutos escarban en las ruinas de gigantescas máquinas abandonadas por una raza de titanes desaparecidos.

Y en un tercer mundo, humanos y enanos viven gobernados por cinco dragones inmortales que mantienen la paz mediante la eliminación de los dementes de la sociedad.

Galen Arvad, un joven herrero, oculta a su esposa y a su amigo enano, Cephas, un secreto terrible. Por la noche se ve acosado por sueños de una mujer alada, un goblin y un misterioso desconocido. Y durante el día oye hablar a los objetos. Incapaz de ocultar sus excentricidades a los monjes, Galen es hecho prisionero y enviado al exilio.

Una vez entre los otros locos, Galen Arvad se ve obligado a aceptar que su supuesto mal es una señal de que posee poderes mágicos capaces de tender puentes entre los diferentes reinos. ¿Podrá Galen aprender a utilizarlos antes de que lo destruyan los monstruos que gobiernan su mundo?

Para nuestros padres:
Dr. Harold R. y Joan Hickman
y para
Clarence E. y Jennie L. Curtis
Vosotros nos enseñasteis a trabajar, a leer y a soñar...

Éranse tres veces
existía un mundo que tres mundos era,
un lugar que tres lugares era,
una historia que en tres sagas,
todas a la vez, se contaba.

Éranse tres veces...
Los dioses vaticinaron un tiempo
en que tres mundos en uno se converti-
rían...
en que las criaturas de su creación
a la Vinculación de los Mundos se enfrenta-
rían.

Éranse tres veces...
Tres mundos lucharon por sobrevivir.
Sus criaturas armadas
con el ingenio de sus mentes,
la feroz voluntad de resistir
y el poder de una magia nueva.

Éranse tres veces...
Tuvo lugar la Vinculación de los Mundos.
Ni siquiera los dioses sabían
... qué mundo reinaría...,
... qué mundo se sometería...,
... qué mundo desaparecería.

Canción de los Mundos, Los Cánticos de Bronce

Volumen I, Infolio 1, Hoja 6

Infolio I

Los soñadores

1

Costas lejanas

En el año 492 del año de los Reyes Dragones, ningún plebeyo que habitara en las tierras de Hrunard, ni nadie en los Cinco Territorios sospechaba que su mundo se acercaba a su fin.

La silenciosa invasión avanzaba con la misma lentitud e indefectibilidad de un glaciar, inadvertida por los habitantes, que vivían sus atareadas existencias.

Únicamente los febriles soñadores percibieron los temblores iniciales de la Magia Profunda; la vanguardia de una gloria y un destino que apenas eran capaces de concebir. Estos soñadores fueron los primeros Místicos... y estaban locos.

Los Cánticos de Bronce, Volumen III, Infolio 2, Hoja 19

Me vigilan.

Siento que sus ojos me observan a través de la oscuridad, en lo alto de la cascada. Cada alfilerazo en la cúpula de la noche me quema, impertérrito. Las estrellas intentan hablar. Es un murmullo de polvo de estrellas en el viento que no puedo percibir. No les presto atención, pues jamás dicen nada importante. Parlotean continuamente sobre el pasado y no dicen nada sobre el futuro. Sus inquietudes, por lo que parece, están demasiado por encima del humilde lugar que ocupo. Me observan con ojos llameantes.

Las estrellas no son las únicas que me vigilan. Ojos oscuros, agujeros en la noche, me escudriñan desde debajo de las oscuras sombras del bosque que me rodea. Su mirada es lasciva y voraz. Los suyos son los ojos del cazador, y yo soy la presa.

Me aparto de ellos, dando traspiés en mi huida bajo las ramas bajas de un pino. Tal vez pueda ocultarme a la mirada de las estrellas aquí, pero los otros, los ojos invisibles, siguen fijos en mí, ardiendo a través de la oscuridad. Las palabras que se susurran entre ellos pasan sin rumbo junto a mis oídos, hablando de mí, hablándome a mí. Las voces chirrían y gimen igual que el metal recalentado: recuerdan el siseo del vapor y el olor de una forja. Me buscan y se relamen los largos dientes. Las voces son más claras ahora, parlotean de un modo enloquecido e incesante.

Demonios. Son espíritus siniestros procedentes de los profundos confines de N'Kara: el vientre del mundo donde todos los pecadores condenados sufren eternamente en la otra vida. Han venido a buscarme por mi blasfemia y cada vez están más cerca.

Conozco este lugar, estos árboles están cerca de mi hogar y sin embargo resultan muy diferentes. No pueden ofrecerme seguridad ni consuelo. Me lanzo precipitada, alocadamente a través de los espesos bosques. Mi hogar se aleja más y más de mí con cada zancada aterrorizada, pero los demonios se interponen entre mi persona y ese lugar de consuelo, y yo no hago más que dar vueltas, perdido y aturdido por la presencia de árboles que ya no recuerdo. Las ramas se apartan demasiado despacio ante mí, dejando marcas en mi rostro en sus intentos de arañarme los ojos. Los árboles se separan de improviso... y voy a parar de sopetón al campamento de los demonios.

Cuatro de las repugnantes criaturas están de espaldas a mí. Freno en seco con estrépito. Los demonios están rasgando la carne de un hombre de letras pelirrojo, sus brazos y piernas extendidos y sujetos con estacas al suelo. Hay li-

bros y rollos de pergaminos hechos trizas y desperdigados por todas partes.

El demacrado hombre de letras alza los ojos con serenidad desde la torturada escena.

—¿Serías tan amable de ayudarme? —dice con voz tranquila y paciente a pesar de la expresión de terror en sus ojos—. Por favor, haz que paren.

Los demonios siguen la dirección de la mirada de su víctima.

Sólo mi propia vida me importa, y retrocedo a la carrera para regresar al bosque. Huyo sin dirección.

En algún punto a mi espalda, los demonios chillan, espoleados por la perspectiva de una presa fácil. Los oigo jadear detrás de mí. Percibo la agitación en sus voces chillonas. Ya me han atrapado en otras ocasiones —en otras épocas y otros lugares—, pero no lo harán esta noche, ¡lo juro! ¡Esta noche, no!

Los árboles disfrutando con la diversión, me indican ahora el camino, haciendo todo lo posible por acudir en mi ayuda. Pero las rocas del suelo son amigas de los demonios, y una me hace tropezar en mi alocada carrera. Doy en tierra violentamente y ruedo por el accidentado terreno. El miedo vence mi dolor y, aterrorizado, me levanto del barro.

Ahora los veo. El metal que llevan encima centellea a la luz de las estrellas. Los ojos acerados miran sin parpadear mientras avanzan a saltos entre la maleza. Su pellejo, además, es verde, incluso bajo la tenue luz de las estrellas; y el olor que despiden, una ofensa flagrante. Empuñan largos cuchillos, chorreando aún por la última alma desgarrada. Golpean las armas contra sus corazas mientras se acercan. Muecas repugnantes hienden sus rostros.

Mis pies luchan por localizar un punto de apoyo en el barro. El tiempo se eterniza. Las piernas no quieren moverse. El cuerpo no responde. El suelo resbala.

Los demonios se lanzan al frente y sus alaridos resuenan por todo el bosque.

Una enredadera enorme desciende repentinamente desde los árboles y se enrosca a mi alrededor. Tira violentamente de mí hacia arriba, arrebatándome de las garras extendidas de los demonios para arrojarme por los aires.

Doy lentas volteretas por el cielo nocturno, y enseguida me encuentro rodando suavemente por un prado. No, no es simplemente un prado: es un prado concreto, el lugar al que Berkita y yo vamos las tardes de fiesta. Es lugar clandestino, el lugar secreto, el único lugar de todo el mundo que hemos reclamado como propio, si no de hecho, al menos en nuestros corazones. Me empapo de su paz, mientras ansío mantener congelado ese momento para siempre; pero el momento no perdura.

Los demonios encuentran ya el linde del claro. Vuelvo a huir, desesperado por alcanzar la cascada que sé que está al otro lado de la lejana línea de árboles. Mi respiración, cansina y entrecortada, vibra en mis oídos con cada latido atronador del corazón. El torrente de agua me llama desde detrás de los árboles y atiendo la llamada de las precipitadas aguas, que se abren paso a través de las oscuras sombras del bosque. Percibo el calor de mis perseguidores en el cogote y noto su empalagoso hedor. Fríos ojos acerados arden aún a mi espalda y el parloteo de sus voces enfurecidas se eleva con cada una de mis aterrorizadas zancadas.

Un silencio desciende igual que un trueno. Los ojos y las voces que están siempre en el límite de mi mente se han desvanecido. La tranquilidad resulta más turbadora que la persecución. Mis pisadas apresuradas se detienen, titubeantes, y me detengo, respirando hondo, en lo alto del salto de agua.

La respiración se tranquiliza y el corazón empieza a latir más despacio mientras fijo la mirada en el río. El agua discurre veloz a mi izquierda. Algo se mueve en el agua: espíritus que ríen y se mueven con elegancia danzan entre las rocas. Les sonrió con timidez y me devuelven la sonrisa, agitando los ágiles brazos para llamarme. Contemplo su

viaje río abajo hasta que saltan jubilosos desde la cima de la cascada, centelleando en su descenso por la pared del precipicio. Se estrellan contra las rocas del fondo, rompiéndose en versiones mucho más pequeñas de sí mismos; cientos y luego miles de ellos atrapados en la espuma. La corriente los arrastra a toda velocidad entre las rocas y luego van a parar a las aguas mansas de la bahía de Mirren, en el sur.

Una suave brisa inunda mi olfato, transportada tierra adentro desde el mar. Desde mi elevada posición en lo alto de la cascada, mis ojos siguen la línea de la costa hacia el este, más allá del río y la catarata. Allí, acunadas en la suave medialuna de la playa, están las luces relucientes del pueblo de Benyn; mi pueblo y el único lugar que conozco. Hilitos de humo se alzan en espiral de las chimeneas, entrelazándose entre sí en su ascensión hacia las indiferentes estrellas. La ciudad duerme profundamente; segura en su sopor y ajena a cualquier otro mundo situado más allá de la muralla que la circunda. Me maravilla la paz que reside allí, rodeada de un mundo infestado de demonios.

Los cabellos del cogote se me erizan.

Sé que ella está cerca.

Me doy la vuelta despacio para mirarla, temiendo y ansiando a la vez contemplar su semblante.

Al otro lado del río, en la cabecera de la cascada, flota una mujer de alas translúcidas.

La he visto miles de veces. Las oscuras y delicadas facciones son terriblemente hermosas, y los enormes ojos almendrados me contemplan —me atraviesan— con una curiosa expresión interrogante. Los cabellos, bien sujetos en la nuca, resaltan su rostro ovalado. Mechones azules, dos en cada sien, son la única coloración de una caballera de un blanco reluciente. La piel es oscura pero brillante, las facciones exóticas. No obstante, son las alas lo que resulta más extraordinario; alas opalescentes, largas e intrincadas como las de una mariposa, que hacen que flote por encima

del vulgar suelo. Aletean despacio, como si se movieran por el agua en lugar del aire.

El río nos separa.

Le hablo; tal como he hecho mil veces antes.

«¿Quién eres, querida señora? ¿Por qué estás aquí?».

Sus ojos se entrecierran con esfuerzo. La sonrisa se apaga ligeramente.

«¿Comprendes lo que digo? —pronuncio las palabras con una tranquilidad forzada, desesperado por hacerme entender—. ¿Me oyes?».

Parpadea y abre la boca para hablar.

Está sucediendo otra vez, y me preparo para lo que se avecina.

La voz de la mujer se deja oír por encima del río en forma de canción, y las aguas se detienen ante su sonido, maravillado. El viento contiene el aliento. Incluso las estrellas dejan de parpadear en el cielo.

La canción recorre mi interior y resuena en mi mente y mis huesos. La he escuchado antes, pero ni mil repeticiones podrían prepararme para su realidad. La belleza de su sonido hace añicos todo mi ser. La innegable honestidad de su sentimiento y pasión abrumba mi mente con su gracia y su veracidad. Las lágrimas afloran espontáneamente a mis ojos debido a la alegría y a la sensación de pérdida definitiva: pues soy poca cosa comparado con esta realidad.

La mujer interrumpe su cántico. Mira cómo lloro y una pena inmensurable aparece en su rostro. Una lágrima enorme y reluciente cae de sus ojos y se hunde en las aguas del río.

Los espíritus del río, liberados ahora del sonido de su voz, ven caer la lágrima y, en un frenesí repentino, luchan entre ellos por conseguirla mientras ésta se funde con las aguas que vuelven a correr veloces hacia el mar.

Caigo de rodillas, llorando ante la pérdida de la voz, mientras deseo que siga eternamente, rebotando en mi alma.

—Perdona...

¿Una voz humana? ¿Aquí? Me pongo en pie de un salto, asustado por el sonido. Mi corazón late violentamente mientras me doy la vuelta.

Parpadeando a través de las lágrimas, me encaro con un hombre joven que lleva las vestiduras de un monje pir; un inquisidor, a juzgar por el reborde morado. La túnica es un poco grande para su delgada anatomía. Los cabellos, de un dorado blanquecino, son finos y cortos, al tosco estilo de las órdenes dracónicas. El largo rostro parece aún más largo debido a las comisuras caídas de la boca, y los ojos azul pálido me examinaban suspicaces.

—¿Me entiendes? —pregunta el inquisidor, hablando con lentitud.

Asiento, con la boca repentinamente seca, y me obligo a inspirar y expirar, en un esfuerzo desesperado por controlar mi miedo.

—¿Quién eres? —inquire el monje con severidad.

La pregunta me resulta absurda, y me río nerviosamente.

—¿Qué quieres decir, con «quién soy»? Éste es mi sueño..., mi pesadilla. Deberías saber quién está dentro de mi sueño... ¡no al revés!

La declaración me deja anonadado. Lo contemplo boquiabierto, no muy seguro de cómo responder. El desconocido continúa observándome.

—Oye —digo con cautela tras meditarlo un poco—, ¿y si estuviéramos los dos en el sueño de otro?

El inquisidor suelta una carcajada. Intenta sofocarla pero eso sólo consigue hacer que se ría aún más.

Me uno a él con cierto recelo ante mi propio chiste.

—Tal vez sea así. —El monje sonrío; luego se mueve despacio para sentarse en una roca, cerca de la cascada—. Tal vez no seamos más que producto de los sueños de los dioses-dragones. Jamás había considerado esa posibilidad. Dime, ¿la has visto antes... a esa mujer voladora?

Con temor y esperanza, sigo el gesto del monje en dirección a la orilla opuesta. La mujer alada nos examina a ambos mientras flota en el aire.

—Sí..., la he visto muchas veces antes, aquí en la cascada y en otras partes, me parece... pero no consigo recordar dónde ni cuándo.

—Fascinante: a lo mejor en este lugar no existe un dónde ni un cuándo —responde el monje; luego se inclina al frente, de improviso, con los ojos muy abiertos y desesperados—. Escucha, dime, por favor... ¿Estamos locos?

Doy un cauteloso paso atrás.

—Eres un monje del Pir Inquis, a juzgar por los símbolos de tu túnica. La demencia pertenece a vuestra jurisdicción. Ves lo que yo veo aquí. Si tales sueños me convierten en un demente entonces, tal vez, ambos...

No obstante, el monje parece aturdido. Se pone en pie despacio, con la preocupación pintada en los ojos mientras se vuelve hacia el este. Tiene la mirada fija en el pueblo..., mi pueblo.

El humo de las chimeneas de Benyn se ensortija sobre los tejados y empieza a espesarse hasta que su negrura vela las estrellas. El humo se retuerce, adquiriendo finalmente la forma de un dragón gigantesco que se cierne sobre la población. Las alas negras del dragón de humo baten hacia los hogares de mis amigos, mi familia, todo lo que significa algo para mí en el mundo, y con cada aleteo, otra luz se apaga en la ciudad. Otra luz..., otra vida.

—¡Deténlo! —chillo al inquisidor.

—¡No soy yo! —responde él, pero su voz ha cambiado, chirría, como el sonido de los demonios—. ¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

La oscura pared del bosque se llena repentinamente de pares de ojos acerados. Los demonios, con muecas espantosas en los rostros, avanzan hacia mí. El monje parece no percatarse del peligro que avanza sigilosamente a su espalda.

Doy la vuelta y me introduzco en el río. Los pies descalzos se hunden en las heladas aguas, que los agujijonean como afiladas púas. En la orilla opuesta, sin embargo, la mujer alada me hace señas para que siga adelante, instándome a cruzar, a salvar a mi pueblo y mi vida.

Un helor insoportable se aferra a mi tobillo. Demasiado tarde, dirijo la mirada al fondo. No es el frío lo que me agujijonea, sino la helada garra de los espíritus acuáticos, que ríen histéricos ante mi estupidez. Grito, a la vez que forcejeo desesperadamente para alcanzar la orilla opuesta, pero los espíritus acuáticos se están divirtiendo conmigo. Cada vez son más los que desgarran mis pies, mis tobillos. Los maliciosos espíritus lanzan espuma y salpicaduras de mis pies, mis tobillos. Los maliciosos espíritus lanzan espuma y salpicaduras de agua a mi rostro, ojos y oídos, y oigo que sus voces empiezan a rodearme.

—¡Ven a jugar! ¡Ven a jugar!

Tropiezo con ellos, asustado; luego resbalo en una roca y voy a caer de bruces en las aguas glaciales y arremolinadas. Los espíritus ríen y vociferan jubilosos mientras sus gélidas garras me arrastran hacia la cascada. Bailan alrededor de mi rostro, asaltando mis orejas y mi nariz, y empañando mi visión.

—¡Bailamos! ¡Cantamos! ¡Nos divertimos! ¡Ven a jugar! ¡Ven a jugar!

Respiro con dificultad, me ahogo en el agua. Los espíritus acuáticos, aumentando en número por momentos, me hacen chocar contra las rocas. La velocidad del río aumenta y el rugido del salto de agua se oye cada vez más cercano.

Una mano me sujeta repentinamente la muñeca. Tira de mí, y yo, de modo reflejo, cierro la mano sobre la muñeca del otro, forcejeando por sacar la cabeza al exterior y respirar. Tras sacudirme el agua del rostro, respiro hondo mientras los espíritus protestan enfurecidos.

Es el inquisidor.

—¡No te sueltes, te tengo bien cogido!